



KEN
FOLLETT



UNA
COLUMNA
DE FUEGO

LA CONTINUACIÓN DE
LOS PILARES DE LA TIERRA
Y UN MUNDO SIN FIN

PLAZA  JANÉS



KEN FOLLETT

UNA COLUMNA DE FUEGO

Traducción de ANUVELA

[Visualizar libro](#)

PLAZA  JANÉS

Ken Follett nació en Cardiff (Gales) y a los diez años su familia se trasladó a la capital británica. Se licenció en la Universidad de Londres en Filosofía y posteriormente trabajó como reportero del *South Wales Echo*, el periódico de su ciudad natal. Más adelante colaboró en el *Evening News* y durante esta época publicó, sin mucho éxito, su primera novela. Dejó el periodismo para incorporarse a una editorial pequeña, Everest Books, mientras continuaba escribiendo. Fue su undécima novela la que se convirtió en su primer gran éxito literario: *El ojo de la aguja*.

Ken Follett es uno de los autores más queridos y admirados por los lectores de todo el mundo, y la venta total de sus libros supera los ciento sesenta millones de ejemplares. *Una columna de fuego* continúa la saga iniciada por *Los pilares de la Tierra* (con ventas mundiales de veintiséis millones de ejemplares) y *Un mundo sin fin* (doce millones de ejemplares vendidos).

Follett, que ama la música casi tanto como los libros, toca el bajo con gran entusiasmo en dos grupos musicales. Vive en Stevenage, Hertfordshire, con su esposa Barbara, exparlamentaria laborista por su circunscripción. Tienen cinco hijos, seis nietos y tres perros labradores.

Título original: *A Column of Fire*

Edición en formato digital: septiembre de 2017

© 2017, Ken Follett

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

© 2017, ANUVELA (Ana Alcaina Pérez, Verónica Canales Medina, Laura Manero Jiménez, Laura Martín de Dios y Laura Rins Calahorra), por la traducción

© 2017, Stephen Raw, por el mapa

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01831-2

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

SEGUEIX-NOS A
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Para Emanuele:
49 años de alegría*

Yahveh iba al frente de ellos, de día en columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en columna de fuego para alumbrarlos, de modo que pudiesen marchar de día y de noche.

Éxodo, 13, 21

Personajes

Espero que la consulta de esta lista no sea necesaria. Cuando creo posible que el lector haya olvidado quién es un personaje determinado, he optado por añadir en el texto un pequeño recordatorio, aunque me consta que a veces los lectores dejamos un libro para leerlo más tarde y no tenemos tiempo de retomar la lectura hasta al cabo de una semana o más —me pasa a mí también— y entonces se nos olvidan ciertos detalles. Por eso, he aquí una lista de los personajes que aparecen en más de una ocasión, solo por si acaso...

INGLATERRA

Familia Willard

Ned Willard

Barney, su hermano

Alice, su madre

Malcolm Fife, mozo de cuadra

Janet Fife, ama de llaves

Eileen Fife, hija de Malcolm y Janet

Familia Fitzgerald

Margery Fitzgerald

Rollo, su hermano

Sir Reginald, su padre

Lady Jane, su madre

Naomi, criada

Hermana Joan, tía abuela de Margery

Familia Shiring

Bart, vizconde de Shiring

Swithin, su padre, conde de Shiring

Sal Brendon, ama de llaves

Los puritanos

Philbert Cobley, armador

Dan Cobley, su hijo

Ruth Cobley, hija de Philbert

Donal Gloster, secretario

Padre Jeremiah, párroco de St. John, en Loversfield

Viuda Pollard

Otros

Fray Murdo, fraile itinerante

Susannah, condesa de Brecknock, amiga de Margery y Ned

Jonas Bacon, capitán del *Hawk*

Jonathan Greenland, primer oficial del *Hawk*

Stephen Lincoln, sacerdote

Rodney Tilbury, juez de paz

Personajes históricos reales

María Tudor, reina de Inglaterra

Isabel Tudor, medio hermana de María, posteriormente reina

Sir William Cecil, consejero de Isabel

Robert Cecil, hijo de sir William

William Allen, abanderado de los católicos ingleses exiliados

Sir Francis Walsingham, cabecilla de una red de espionaje

FRANCIA

Familia Palot

Sylvie Palot

Isabelle Palot, su madre

Gilles Palot, su padre

Otros

Pierre Aumande

Vizconde de Villeneuve, compañero de estudios de Pierre

Padre Moineau, tutor de Pierre

Nath, criada de Pierre

Guillaume de Ginebra, pastor itinerante

Louise, marquesa de Nimes

Luc Mauriac, consignatario

Aphrodite Beaulieu, hija del conde de Beaulieu

René Duboeuf, sastre

Françoise Duboeuf, su joven esposa

Marqués de Lagny, aristócrata protestante

Bernard Housse, joven cortesano

Alison McKay, dama de honor de María, la reina de los escoceses

Miembros ficticios de la familia de Guisa

Gaston Le Pin, jefe de la guardia de la familia de Guisa

Brocard y Rasteau, dos de los hombres de Gaston

Véronique

Odette, doncella de Véronique

Georges Biron, espía

Personajes históricos reales: la familia de Guisa

Francisco, duque de Guisa

Enrique, hijo de Francisco

Carlos, cardenal de Lorena, hermano de Francisco

Personajes históricos reales: los Borbones y sus aliados

Antonio, rey de Navarra

Enrique, hijo de Antonio

Luis, príncipe de Condé

Gaspard de Coligny, almirante de Francia

Personajes históricos reales: otros

Enrique II, rey de Francia

Catalina de Médici, reina de Francia

Hijos de Enrique y Catalina:

Francisco II, rey de Francia

Carlos IX, rey de Francia

Enrique III, rey de Francia

Margarita, reina de Navarra

María Estuardo, la reina de los escoceses

Charles de Louviers, asesino

ESCOCIA

Personajes históricos reales

Jacobo Estuardo, medio hermano ilegítimo de María, la reina de los escoceses

Jacobo Estuardo, hijo de María, la reina de los escoceses, posteriormente rey

Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra

ESPAÑA

Familia Cruz

Carlos Cruz

Tía Betsy

Familia Ruiz

Jerónima

Pedro, su padre

Otros

Arcediano Romero

Padre Alonso, inquisidor

Capitán Gómez, «Mano de Hierro»

PAÍSES BAJOS

Familia Wolman

Jan Wolman, primo de Edmund Willard

Imke, su hija

Familia Willemsen

Albert

Betje, esposa de Albert

Drake, su hija

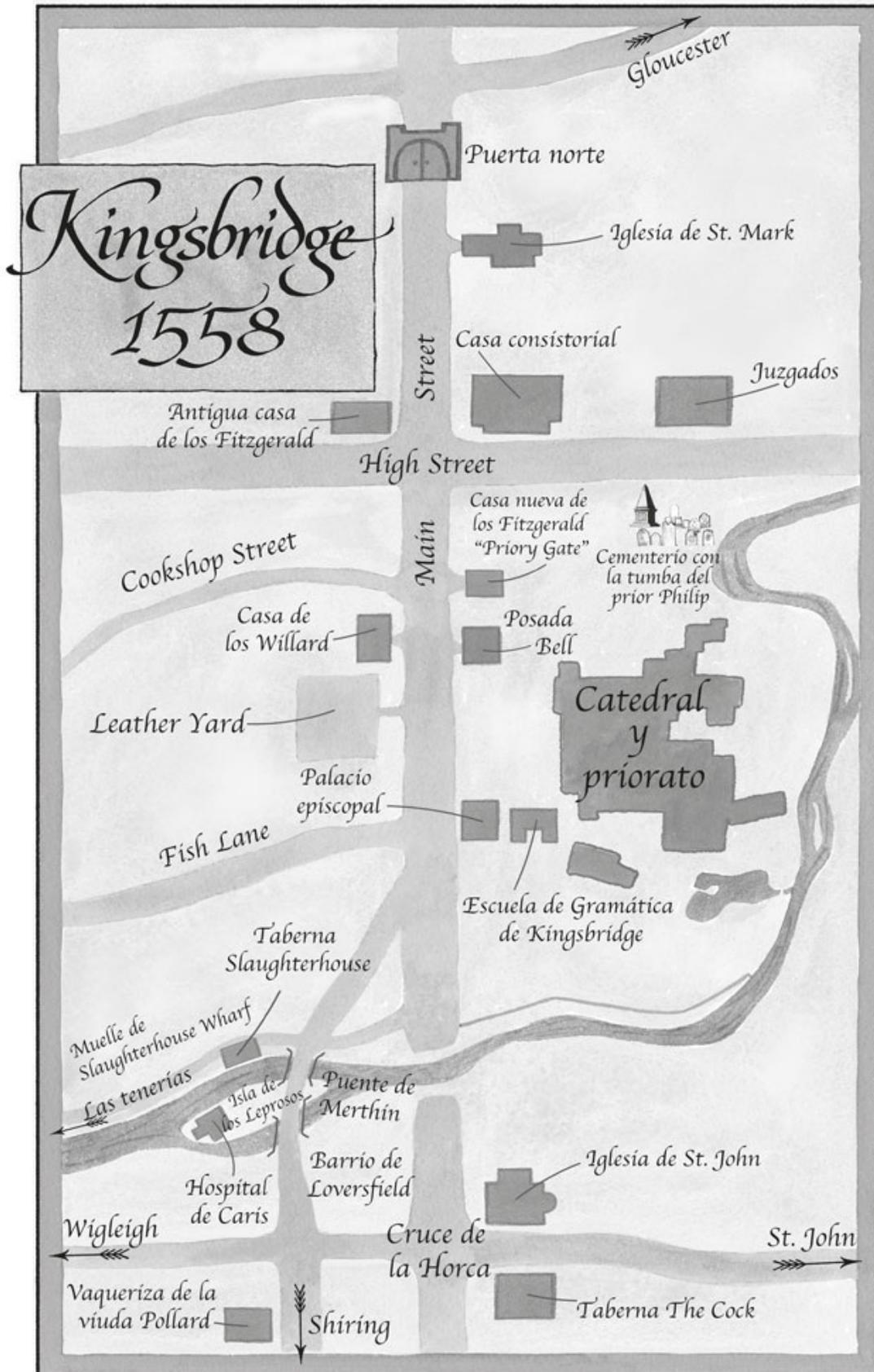
Evi, hermana viuda de Albert

Matthus, hijo de Evi

OTROS PAÍSES

Ebrima Dabo, esclavo mandinga

Bella, fabricante de ron en La Española



Prólogo

Lo ahorcamos delante de la catedral de Kingsbridge, el emplazamiento habitual para todas las ejecuciones; porque si no se puede colgar a un hombre ante el rostro de Dios, tal vez eso signifique que no debería estar muerto.

El sheriff lo subió desde los calabozos de la cárcel —situada bajo la casa consistorial, la antigua sede del gremio— con las manos atadas a la espalda. Caminaba erguido, con una expresión desafiante en su cara macilenta, con el gesto impávido.

La multitud vociferaba mofándose de él, maldiciéndolo entre abucheos, y aunque él parecía no verlos, sí me vio a mí: nos miramos a los ojos, y en ese efímero intercambio de miradas había una vida entera.

Yo era responsable de su muerte, y él lo sabía.

Había estado persiguiéndolo durante decenios; era un asesino que, en un acto de salvaje brutalidad, habría acabado con la vida de la mitad de los gobernantes de nuestro país, incluida la práctica totalidad de la familia real, si yo no se lo hubiera impedido.

Me he pasado la existencia yendo tras esos asesinos en potencia, y muchos de ellos han sido ejecutados, no solo en la horca, sino, además, destripados y descuartizados, la muerte más terrible, la que se reserva para los peores criminales.

Sí, he hecho esto mismo innumerables veces: ver morir a un hombre sabiendo que yo, más que ningún otro, lo había llevado ante su castigo, un castigo justo pero atroz. Lo hice por mi país, que tengo en gran estima; por Su Majestad, a quien sirvo, y por algo más, por un principio: la convicción de que una persona

tiene derecho a decidir cuáles son sus creencias con respecto a Dios.

Aquel fue el último de los muchos hombres a quienes envié al infierno, pero me hizo pensar en el primero...

PRIMERA PARTE

1558

Ned Willard regresó a casa, a Kingsbridge, en plena ventisca.

Navegó río arriba desde la ciudad portuaria de Combe Harbour a bordo de una lenta barcaza cargada con telas de Amberes y vino de Burdeos. Cuando advirtió que la embarcación se aproximaba al fin a Kingsbridge, se arrebujó la capa sobre los hombros, se subió la capucha para protegerse las orejas, salió a cubierta y miró al frente.

Al principio se llevó una gran decepción, pues lo único que acertaba a vislumbrar era nieve y más nieve. Sin embargo, su ansia por ver al fin la ciudad, aunque solo fuese un pequeño atisbo de ella, era insoportable, de modo que aguzó la vista a través del vendaval, con la esperanza dibujada en el semblante. Al poco, sus deseos se hicieron realidad, y la tormenta empezó a amainar. Un retazo de cielo azul asomó por sorpresa entre las nubes y, mirando por encima de las copas de los árboles, Ned vio la torre de la catedral, de ciento veintitrés metros de altura, un dato que sabía cualquier alumno de la Escuela de Gramática de Kingsbridge. Un manto de nieve ribeteaba ese día las alas del ángel de piedra que vigilaba la ciudad desde lo alto de la aguja, y teñía las puntas grisáceas de sus alas de un blanco brillante. Mientras Ned la contemplaba, un fugaz rayo de sol iluminó la estatua e hizo refulgir la nieve, como bendiciéndola. Entonces la tormenta arreció de nuevo y la estatua desapareció de su vista.

Ned no vio nada más que árboles durante largo rato, pero su imaginación

trabajaba con desbordante frenesí. Estaba a punto de reencontrarse con su madre, tras una ausencia de un año. Había decidido que no le diría cuánto la había echado de menos, pues a los dieciocho años un hombre debía ser independiente y autosuficiente.

Sin embargo, por encima de todo lo demás, había echado de menos a Margery. Se había enamorado de ella, con un pésimo sentido de la oportunidad, unas pocas semanas antes de abandonar Kingsbridge para realizar una estancia de un año en Calais, el puerto de dominio inglés en la costa norte de Francia. Conocía a la traviesa e inteligente hija de sir Reginald Fitzgerald desde la infancia, y también le había gustado desde entonces. Con el tiempo, la niña se había convertido en toda una mujer, y su picardía y vitalidad habían ejercido un nuevo atractivo sobre él, de manera que en ocasiones llegaba incluso a sorprenderse mirándola embobado en la iglesia, con la boca reseca y la respiración agitada. Él había tenido sus dudas respecto a hacer algo más que limitarse a observarla, pues la muchacha era tres años menor que él, pero ella no había mostrado semejantes reservas. Se habían besado en el camposanto de Kingsbridge, tras el voluminoso montículo que formaba la tumba del prior Philip, el monje encargado de la construcción de la catedral, cuatro siglos antes. No había habido nada de infantil en aquel largo y apasionado beso; luego, ella se había reído y había echado a correr.

Pero al día siguiente, ella lo besó otra vez, y la noche antes de su partida hacia Francia, ambos se habían confesado que se amaban.

Las primeras semanas se habían intercambiado cartas de amor. No habían dicho nada a sus padres acerca de sus sentimientos —les parecía demasiado pronto—, de modo que no podían escribirse abiertamente, pero Ned había confiado su secreto a su hermano mayor, Barney, quien se convirtió en el intermediario de ambos. Luego Barney se había marchado de Kingsbridge para ir a Sevilla. Margery también tenía un hermano mayor, Rollo, pero no confiaba en él del modo en que Ned confiaba en Barney, así que la correspondencia entre ellos cesó.

La falta de comunicación no hizo mella en los sentimientos de Ned; era consciente de lo que solía decirse sobre los primeros amoríos, y se cuestionaba a sí mismo de forma constante, esperando que lo que sentía por Margery cambiase en cualquier momento; sin embargo, nada cambió. Tras unas pocas semanas en Calais, su prima Thérèse le dejó bien claro que se había quedado prendada de él y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para demostrárselo, pero Ned no se sintió en absoluto tentado. Eso le produjo cierta sorpresa, pues hasta entonces nunca había dejado pasar la oportunidad de besar a una muchacha hermosa de pechos generosos.

Sin embargo, en ese momento sentía una desazón de índole distinta. Tras rechazar a Thérèse, estaba seguro de que sus sentimientos por Margery no iban a cambiar en todo el tiempo que permaneciese lejos de su hogar, pero en ese instante se preguntó qué sucedería cuando la viera. ¿Resultaría Margery en persona tan arrebatadora como había permanecido en sus recuerdos? ¿Superaría su amor la prueba del reencuentro?

¿Y Margery? Un año era mucho tiempo para una muchacha de catorce años, quince ya, por supuesto, pero aun así. Tal vez sus sentimientos habían ido perdiendo fuerza una vez que cesó la correspondencia epistolar. Tal vez había besado a otro tras la tumba del prior Philip. Ned se llevaría una enorme decepción si ahora él le resultaba indiferente. Y aunque ella aún lo amase, ¿estaría el verdadero Ned a la altura de sus dorados recuerdos?

La ventisca amainó de nuevo, y Ned vio cómo la barcaza atravesaba los barrios de la periferia al oeste de Kingsbridge. A ambas orillas se hallaban los talleres de las industrias que hacían uso de grandes cantidades de agua para su funcionamiento: la curtiduría y el tintado de telas, la elaboración de papel y el despiece de la carne en el matadero. Puesto que muchas veces dichos procesos podían despedir olores terriblemente pestilentes, era en la parte occidental de la ciudad donde el precio de la vivienda era más barato.

Al frente, la isla de los Leprosos apareció ante los ojos de Ned. El nombre había quedado anticuado, pues hacía siglos que allí no había ningún leproso.

En el extremo más próximo de la isla se hallaba el hospital de Caris, erigido por la monja que había salvado a la ciudad durante la peste negra. A medida que la embarcación se acercaba a la costa, Ned pudo ver, más allá del hospital, los elegantes arcos gemelos del puente de Merthin, que conectaba la isla con tierra firme al norte y al sur. La historia de amor entre Caris y Merthin formaba parte de la leyenda local, una historia que se transmitía de generación en generación en torno a la lumbre del hogar en invierno.

La nave se detuvo en un amarradero en el muelle, atestado de gente. A primera vista, la ciudad apenas había cambiado en un año; los lugares como Kingsbridge cambiaban muy muy despacio, supuso Ned: catedrales, puentes y hospitales estaban hechos para perdurar por los siglos de los siglos.

Llevaba una bolsa colgada del hombro, y en ese momento el capitán de la barcaza le entregó su otro equipaje, un pequeño baúl de madera con algo de ropa, un par de pistolas y algunos libros. Ned cargó con el baúl, se despidió y bajó al muelle.

Se dirigió hacia el enorme edificio de piedra junto al agua que hacía las veces de almacén y que era la sede del negocio familiar, pero cuando solo había avanzado unos pocos pasos, oyó una voz familiar a su espalda.

—Vaya, vaya, vaya... Pero si es nuestro Ned. ¡Bienvenido a casa!

La mujer que hablaba era Janet Fife, el ama de llaves de su madre. Ned sonrió de oreja a oreja, contento de verla.

—Justo estaba comprando pescado para la cena de tu madre —dijo. Janet era tan delgada que semejaba un palo, pero le encantaba dar de comer a los demás—. Tú también deberías comer un poco. —Lo examinó de arriba abajo—. Has cambiado —observó—. Tienes la cara más flaca, pero ahora eres más ancho de espaldas. ¿Te ha alimentado bien tu tía Blanche?

—Sí, pero el tío Dick me tenía todo el día picando piedra.

—Pues eso no es trabajo para un joven con estudios.

—No, si a mí no me importaba...

Janet alzó la voz:

—¡Malcolm, Malcolm! ¡Mira quién está aquí!

Malcolm era el marido de Janet y el mozo de cuadra de la familia Willard. Llegó renqueando desde el otro lado del muelle; un caballo le había dado una coz algunos años antes, cuando era un muchacho joven e inexperto. Estrechó la mano de Ned con calidez.

—Ha muerto Bellotas —le dijo.

—Era el caballo favorito de mi hermano —repuso Ned.

Disimuló una sonrisa: era muy propio de Malcolm dar noticias sobre los animales antes que informar sobre lo acontecido a los seres humanos.

—¿Mi madre está bien?

—Sí, la señora está muy bien, gracias a Dios —contestó Malcolm—. Y lo mismo tu hermano, por lo último que supimos..., aunque eso de escribir cartas no se le da muy bien, y la correspondencia tarda un mes o dos en llegar desde España. Deja que te ayude con el equipaje, joven Ned.

Ned no quería ir directamente a casa, sino que tenía otros planes.

—¿Serías tan amable de llevar mi baúl a la casa? —le pidió a Malcolm. En un arranque impulsivo, se inventó una excusa—: Di a los míos que voy a entrar en la catedral un momento a dar gracias por que la travesía haya transcurrido sin incidencias, y que luego iré hacia allá.

—Muy bien.

Malcolm se alejó cojeando y Ned siguió andando más despacio, disfrutando de la imagen familiar de los edificios que le habían acompañado durante toda su infancia. La nieve todavía seguía cayendo, aunque de forma menos copiosa. Los tejados estaban todos blancos, pero en las calles había un trajín incesante de gente y carros, y bajo las pisadas y las ruedas solo había restos de nieve sucia.

Ned pasó junto a la famosa taberna White Horse, escena de las habituales trifulcas de los sábados por la noche, y caminó cuesta arriba por la calle mayor en dirección a la plaza de la catedral. Dejó atrás el palacio episcopal y se detuvo unos minutos frente a la puerta de la Escuela de Gramática,

mirándola con expresión de nostalgia. A través de sus ventanas estrechas y ojivales, vio algunos anaqueles de libros iluminados por las lumbreras. Allí había aprendido a leer y a contar, a saber distinguir entre cuándo plantar cara y pelear y cuándo salir huyendo, y a soportar los azotes que le propinaban con una vara hecha de ramas sin que le cayera una sola lágrima.

En el extremo sur de la catedral se hallaba el priorato. Desde que el rey Enrique VIII disolvió los monasterios, el priorato de Kingsbridge había sufrido un lamentable proceso de deterioro y en ese momento tenía enormes agujeros en los tejados, unos muros que parecían a punto de desmoronarse y una espesa maleza que crecía de forma salvaje a través de las ventanas. El conjunto de edificios eran propiedad del alcalde de la ciudad, el padre de Margery, sir Reginald Fitzgerald, pero este no había hecho nada por mantenerlos en buenas condiciones.

Por fortuna, la catedral sí se conservaba en buen estado, y se erguía imponente ante él, tan alta y robusta como siempre, el símbolo en piedra de la vitalidad de la ciudad. Ned atravesó la enorme portada occidental hacia la nave central. Le daría gracias a Dios por haber llegado sano y salvo a su destino y, de ese modo, convertiría la mentira que le había dicho a Malcolm en una verdad.

Como siempre, además de lugar de culto, la iglesia seguía siendo un centro idóneo para las transacciones comerciales: fray Murdo disponía de una bandeja con frascos llenos de tierra de Palestina que, aseguraba, era auténtica; un hombre al que Ned no reconoció ofrecía piedras calientes para calentarse las manos a cambio de un penique, y Puss Lovejoy, tiritando en su delgado vestido rojo, vendía lo que había vendido siempre.

Ned examinó los nervios de la bóveda, semejantes a un conjunto de brazos extendidos hacia arriba, hacia el cielo. Cada vez que entraba en aquella catedral, pensaba en los hombres y mujeres que la habían construido. Muchos de ellos eran conmemorados en el *Libro de Timothy*, una historia del priorato que se estudiaba en la escuela: los maestros albañiles Tom Builder y su hijastro

Jack; el prior Philip; Merthin Fitzgerald, quien además del puente había levantado la torre central; así como todos los canteros, albañiles, carpinteros y vidrieros, personas normales y corrientes que habían hecho algo extraordinario, que habían sabido sobreponerse a sus humildes circunstancias y creado algo hermoso capaz de perdurar para toda la eternidad.

Ned se arrodilló un momento ante el altar. Un viaje sin contratiempos era algo digno de un profundo agradecimiento. Aunque la travesía entre Francia e Inglaterra era breve, los barcos podían sufrir situaciones difíciles, en ocasiones con un terrible desenlace.

Sin embargo, no permaneció demasiado rato en la iglesia. Su siguiente parada era la casa de Margery.

En el extremo norte de la plaza de la catedral, frente al palacio episcopal, estaba la posada Bell y, junto a ella, algún vecino de Kingsbridge estaba construyendo una casa nueva. Las tierras habían pertenecido al priorato, por lo que Ned supuso que la construcción era del padre de Margery. Resultaba evidente que el edificio iba a ser impresionante, con ventanas saledizas y múltiples chimeneas; sería la casa más majestuosa de toda la ciudad.

Siguió andando por la calle mayor hacia el cruce. La casa donde vivía Margery estaba situada en una esquina de la calle, al otro lado del consistorio. Aunque no era tan imponente como prometía el nuevo edificio, se trataba de una espectacular construcción de madera de grandes dimensiones que ocupaba una enorme extensión del terreno más caro de Kingsbridge.

Ned se detuvo en la puerta. Llevaba un año esperando que llegara aquel momento, pero ahora que al fin estaba allí, descubrió que una mezcla de miedo y nervios le atenazaba el corazón.

Llamó a la puerta.

Una sirvienta de avanzada edad, Naomi, le abrió y le invitó a pasar al espacioso salón de la casa. Naomi conocía a Ned desde que era un niño, pero lo recibió con nerviosismo, como si fuera un simple desconocido de quien convenía guardarse, y entonces, cuando preguntó por Margery, Naomi dijo

que iría a ver si podía recibirlo.

Ned examinó el cuadro de Jesucristo en la cruz, que estaba colgado encima de la chimenea. En Kingsbridge había dos clases de temáticas pictóricas: las escenas bíblicas y los retratos formales de miembros de la nobleza. En las casas de las familias francesas acaudaladas, Ned se había sorprendido de ver cuadros de dioses paganos como Venus y Baco, retratados en medio de un entorno formado por bosques fabulosos y ataviados con túnicas que siempre parecían a punto de caer resbalando al suelo.

Sin embargo, allí había algo inusual: en la pared opuesta al cuadro de la Crucifixión habían colgado un mapa de Kingsbridge. Ned nunca había visto semejante cosa, y lo examinó con interés. En él se veía la ciudad claramente dividida en cuatro secciones por Main Street, la calle mayor, que iba de norte a sur, y High Street, la calle principal, que la recorría de este a oeste. La catedral y el antiguo priorato ocupaban el cuadrante inferior derecho, el sudeste, mientras que el pestilente barrio manufacturero se extendía por el sudoeste. Todas las iglesias aparecían señaladas en el mapa, así como algunas casas, incluidas la de los Fitzgerald y la de los Willard. El río marcaba el límite oriental de Kingsbridge y luego formaba un recodo, como la pata de un perro. En el pasado también había constituido la frontera más meridional, pero la ciudad había crecido en tamaño y ampliado su extensión por encima del agua gracias al puente de Merthin, y ahora había un inmenso arrabal al otro lado de la orilla.

Ned advirtió que ambos cuadros representaban a los padres de Margery: su padre, el político, había colgado el mapa, mientras que su madre, la católica devota, habría ordenado colgar la Crucifixión.

No fue Margery quien apareció en la amplia sala, sino el hermano de esta, Rollo. Era más alto que Ned, y un hombre apuesto, con el cabello negro. Ned y Rollo habían ido juntos a la escuela, pero nunca habían sido amigos: Rollo era cuatro años mayor. Había sido el chico más listo y aplicado de la escuela, y lo habían puesto a cargo de los alumnos más jóvenes; sin embargo, Ned se había

negado a considerarlo su maestro y nunca había aceptado su autoridad. Para colmo, además, enseguida se vio que Ned iba a ser tan inteligente o más que Rollo. Ambos se enzarzaban constantemente en peleas y discusiones hasta que Rollo se marchó a estudiar al Kingsbridge College, en Oxford.

Ned trató de disimular su disgusto y contener la irritación.

—He visto que están construyendo algo junto a la posada Bell —dijo cortésmente—. ¿Está haciendo tu padre una casa nueva?

—Sí. Esta se está quedando bastante anticuada.

—Los negocios deben de ir muy bien en Combe.

Sir Reginald era administrador de aduanas en Combe Harbour. Se trataba de un cargo muy lucrativo que María Tudor le había otorgado al acceder al trono, como recompensa por su apoyo.

—Así que has vuelto de Calais —señaló Rollo—. ¿Cómo te ha ido?

—He aprendido mucho. Mi padre construyó allí un muelle y un almacén, que ahora dirige mi tío Dick. —Edmund, el padre de Ned había muerto diez años atrás, y su madre había asumido el control de todas las transacciones comerciales desde entonces—. Enviamos mineral de hierro, estaño y plomo inglés de Combe Harbour a Calais, y desde allí se distribuye a toda Europa.

La actividad de Calais constituía la base de todo el negocio familiar de los Willard.

—¿Y cómo ha afectado la guerra a vuestros negocios?

Inglaterra estaba en guerra con Francia, pero saltaba a la vista que la preocupación de Rollo era completamente falsa. En realidad se regodeaba con el peligro que la guerra suponía para la fortuna de los Willard.

Ned no quiso darle importancia.

—Calais está muy bien protegida —dijo con un tono rebosante de una confianza que no sentía en realidad—. Está rodeada de fuertes que la han defendido desde que pasó a formar parte de Inglaterra, hace doscientos años.

—En ese momento se le agotó la paciencia—. ¿Está Margery en casa?

—¿Tienes alguna razón para verla?

Era una pregunta grosera, pero Ned la pasó por alto. Abrió su bolsa.

—Le he traído un obsequio de Francia —dijo al tiempo que extraía una pieza de seda de color lavanda, cuidadosamente doblada—. Creo que el color le sentará muy bien.

—No querrá verte.

Ned arrugó la frente. ¿Qué significaba aquello?

—Estoy seguro de que sí.

—Pues no veo por qué.

Ned escogió sus palabras con sumo cuidado.

—Siento mucho respeto y admiración por tu hermana, Rollo, y creo que ella me tiene aprecio.

—Vas a descubrir que las cosas han cambiado desde que te marchaste, joven Ned —dijo Rollo con aire condescendiente.

Ned no se tomó aquellas palabras en serio, sino que pensó que Rollo solo estaba siendo deliberadamente malévolo y desagradable con él.

—Sea como sea, dile que he venido a verla, por favor.

Rollo sonrió, y eso sí inquietó a Ned, pues era la misma sonrisa que esbozaba cada vez que le daban permiso para azotar a alguno de los alumnos más jóvenes en la escuela.

—Margery se ha prometido en matrimonio —reveló Rollo.

—¿Qué? —Ned se lo quedó mirando, perplejo y herido, como si alguien acabase de pegarle con un garrote por la espalda. Cuando había acudido allí, no sabía qué esperar exactamente, pero desde luego nada semejante a aquello.

Rollo se limitó a mirarlo de hito en hito él también, sin dejar de sonreír.

Ned dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Con quién?

—Va a casarse con el vizconde de Shiring.

—¡¿Con Bart?! —exclamó Ned. Eso era increíble. De todos los hombres del condado, el torpe y necio Bart Shiring, alguien que carecía por completo de sentido del humor, era el joven con menos posibilidades de robarle el corazón

a Margery. La idea de que algún día llegaría a convertirse en el conde de Shiring habría bastado para tentar a un buen número de muchachas, pero no a Margery, de eso Ned estaba seguro... O, al menos, lo habría estado hacía un año—. ¿Te lo estás inventando? —quiso saber.

Ned se dio cuenta de inmediato de que se trataba de una pregunta estúpida. Rollo podía ser taimado y miserable, pero no era tonto: jamás se inventaría una cosa así, por miedo a quedar en ridículo cuando la verdad saliera a la luz.

Rollo se encogió de hombros.

—El compromiso se anunciará mañana, en el banquete en casa del conde.

Al día siguiente era la festividad de Epifanía. Si el conde de Shiring iba a hacer una celebración en su casa, sin duda la familia de Ned habría sido invitada, así que si Rollo decía la verdad, Ned estaría presente cuando se hiciese el anuncio.

—¿Y ella lo ama? —soltó Ned de improviso.

Rollo no esperaba aquella clase de pregunta, y esta vez fue él quien se quedó perplejo.

—No sé por qué tendría que discutir eso contigo.

Su vacilación hizo sospechar a Ned que la respuesta era negativa.

—¿Por qué te andas con tantos rodeos?

Rollo se puso a la defensiva.

—Será mejor que te vayas, antes de que me vea obligado a darte una paliza, como hacía siempre.

Ned también se envalentonó.

—Ya no estamos en la escuela —replicó—. Ya veríamos quién le da la paliza a quién...

Le entraron ganas de pelear con Rollo, y estaba lo bastante furioso para no preocuparse por si ganaba la pelea o no.

Sin embargo, Rollo se mostró más mesurado. Se dirigió a la puerta y la abrió.

—Adiós —dijo.

Ned vaciló unos instantes. No quería marcharse sin ver a Margery. Si hubiera sabido dónde estaba su alcoba, habría subido corriendo las escaleras, pero haría el ridículo abriendo puerta por puerta todas las habitaciones de una casa que ni siquiera era suya.

Cogió el retal de seda y volvió a meterlo en su bolsa.

—Esto no quedará así —aseveró—. No puedes tenerla encerrada. Hablaré con ella tarde o temprano.

Rollo hizo caso omiso de la amenaza y se quedó apostado pacientemente en la puerta.

Ned se moría de ganas de pegarle, pero hizo un esfuerzo por contenerse: ahora eran hombres hechos y derechos, y no podía empezar una pelea sin que el otro lo hubiese provocado en serio. Tenía la sensación de que, esta vez, la estrategia de su adversario había dado resultado. Vaciló durante un buen rato, pues no sabía qué hacer.

De modo que salió de la casa.

—No te des prisa en volver —dijo Rollo.

Ned echó a andar por la calle mayor y recorrió la escasa distancia que había hasta la casa donde había nacido.

El hogar de los Willard estaba frente a la fachada oeste de la catedral. Con el paso de los años, la familia había ido ampliando la casa, aunque lo habían hecho de forma arbitraria, por lo que ahora se extendía desordenadamente ocupando varios centenares de metros cuadrados. Sin embargo, era una vivienda cómoda y acogedora, con gigantescos hogares de leña, un amplio comedor para las reuniones sociales y unas buenas camas con colchones de plumas. La casa era el hogar de Alice Willard y sus dos hijos, además de la abuela, la madre del difunto padre de Ned.

Cuando entró, Ned encontró a su madre en el salón delantero, que hacía las veces de despacho cuando no estaba en el almacén del muelle. La mujer se levantó de la silla del escritorio de un salto y corrió a abrazar y besar a su hijo. Este advirtió de inmediato que estaba más gruesa que hacía un año, pero

decidió no mencionarlo.

Miró a su alrededor. La sala no había cambiado: el cuadro favorito de su madre seguía allí, un óleo de Jesucristo y una mujer sorprendida en adulterio, rodeados de una multitud formada por un grupo de fariseos hipócritas que pretendían lapidarla. A Alice le gustaba citar las palabras de Jesús: «Aquel de vosotros que esté libre de pecado que tire la primera piedra». También se trataba de un cuadro erótico, pues los pechos de la mujer aparecían expuestos, una imagen que, en su momento, había hecho al joven Ned tener unos sueños muy vívidos.

Miró por la ventana de la sala a través de la plaza del mercado a la elegante fachada de la inmensa iglesia, con sus largas hileras de ventanas ojivales y arcos apuntados. El edificio había estado allí todos los días de su vida, y únicamente el cielo que lo cubría se transformaba con el paso de las estaciones. La catedral procuraba a Ned una extraña pero poderosa sensación de seguridad. Las personas nacían y morían, las ciudades podían vivir días de esplendor y luego caer en el ocaso, las guerras comenzaban y terminaban, pero la catedral de Kingsbridge perduraría hasta el día del Juicio Final.

—Así que has ido a la catedral a dar gracias —señaló Alice—. Eres un buen chico.

Pero Ned no podía mentir a su madre.

—También he ido a casa de los Fitzgerald —dijo. Percibió un destello de decepción en el rostro de la mujer y se apresuró a añadir—: Espero que no te importe que haya ido allí primero.

—Un poco —admitió ella—, pero aún recuerdo lo que se siente cuando se es joven y se está enamorado.

Alice tenía cuarenta y ocho años. Tras la muerte de Edmund, todos habían dicho que debería casarse de nuevo, y al pequeño Ned, de solo ocho años, le había aterrorizado la idea de tener un padrastro malvado y cruel. Sin embargo, ya hacía diez años que su madre era viuda, por lo que Ned suponía que permanecería soltera.

—Rollo me ha dicho que Margery va a casarse con Bart Shiring —le comentó a Alice.

—Oh, cariño... Algo así me temía... Pobrecillo Ned. Lo siento mucho.

—¿Por qué tiene derecho su padre a decirle con quién debe contraer matrimonio?

—Los padres esperan disfrutar de cierto grado de control sobre sus hijas. Tu padre y yo no tuvimos que preocuparnos por eso, porque no tuve ninguna hija... que llegara a sobrevivir.

Ned lo sabía. Su madre había dado a luz a dos niñas antes de Barney. Él mismo había visto en alguna ocasión las dos pequeñas tumbas en el cementerio del ala norte de la catedral de Kingsbridge.

—Una mujer debe amar a su marido —dijo Ned—. Tú no habrías forzado a una hija tuya a casarse con un necio como Bart.

—No, supongo que no.

—¿Se puede saber qué le pasa a esa gente?

—Sir Reginald cree en las jerarquías y en la autoridad. Como alcalde, piensa que el trabajo de los concejales es tomar decisiones y hacer luego que se cumplan. Cuando tu padre era alcalde, decía que los concejales debían gobernar la ciudad sirviendo a los intereses de esta.

—Eso parecen dos formas distintas de ver una misma cosa —dijo Ned con impaciencia.

—Pero no lo son —repuso su madre—. Son dos mundos distintos.

II

—¡No pienso casarme con Bart Shiring! —le aseguró Margery Fitzgerald a su madre.

Margery estaba disgustada y furiosa. Llevaba doce meses aguardando el regreso de Ned, pensando en él todos los días, anhelando volver a ver su

sonrisa socarrona y sus ojos de color castaño dorado, y acababa de enterarse por los criados de que estaba de vuelta en Kingsbridge y que había ido a su casa a verla, pero a ella no se lo habían dicho y... ¡se había ido! Estaba furiosa con su familia por no decírselo, y lloraba de rabia y frustración.

—No te estoy pidiendo que te cases con el vizconde de Shiring hoy —dijo lady Jane—. Solo que vayas y hables con él.

Estaban en la alcoba de Margery. En una esquina había un *prie-dieu*, un reclinatorio donde se arrodillaba dos veces al día a rezar frente al crucifijo de la pared, contando sus oraciones con la ayuda de un rosario de cuentas de marfil. El resto de la habitación era la viva imagen del lujo más absoluto: una cama con dosel y colchón de plumas y cortinajes de ricos colores, un enorme baúl de madera de roble para su extensa colección de vestidos y un tapiz con una escena bucólica.

Aquella alcoba había sido testigo de numerosas discusiones con su madre a lo largo de los años, pero ahora Margery era toda una mujer. Era una joven menuda pero un poco más alta y corpulenta que su madre, una mujer diminuta y de temperamento feroz; así pues, ya no estaba tan claro como antes que la discusión fuese a terminar en victoria para lady Jane y humillación para Margery.

—¿Para qué? —dijo esta—. Ha venido aquí a cortejarme. Si hablo con él, eso le hará albergar esperanzas y entonces se enfadará aún más cuando lo rechace.

—Puedes ser amable y educada.

Margery no quería hablar sobre Bart.

—¿Cómo has podido no decirme que Ned estaba aquí? —exclamó—. Eso ha estado muy mal.

—¡Pero si no lo he sabido hasta que ya se había ido! Solo Rollo lo ha visto.

—Rollo estaba haciendo tu voluntad.

—Los hijos deben cumplir la voluntad de sus padres —dijo la madre—. Ya conoces el cuarto mandamiento: «Honra a tu padre y a tu madre». Es tu deber

para con Dios.

Durante toda su corta vida, Margery había librado una batalla personal con aquello: sabía que Dios quería que fuese obediente, pero su naturaleza era obstinada y rebelde —tal como le habían dicho muchas veces— y le resultaba extraordinariamente difícil ser buena. Sin embargo, cuando alguien se lo señalaba de forma expresa, siempre reprimía su naturaleza y acababa obedeciendo con docilidad. La voluntad de Dios estaba por encima de todas las cosas, y ella era consciente de ello.

—Lo siento, madre —dijo.

—Ve a hablar con Bart —ordenó lady Jane.

—Muy bien.

—Pero péinate antes, querida.

Margery tuvo un arranque de rebeldía.

—Mi pelo está perfecto —dijo, y salió de la habitación antes de que su madre pudiese contestar.

Bart estaba en la entrada, vestido con un jubón amarillo nuevo. Jugaba a provocar a uno de los perros, ofreciéndole un trozo de jamón para quitárselo luego, en el último momento.

La madre siguió a Margery por las escaleras.

—Acompaña a lord Shiring a la biblioteca y muéstrale los libros.

—A él no le interesan los libros —contestó Margery de malos modos.

—¡Margery!

—Me gustaría ver los libros —dijo Bart.

Margery se encogió de hombros.

—Sígueme, por favor —dijo, y lo condujo a la sala contigua. Dejó la puerta entreabierta, pero su madre no los acompañó.

Los libros de su padre estaban distribuidos en tres anaqueles.

—¡Cielo santo, cuántos libros tenéis! —exclamó Bart—. Un hombre malgastaría su vida entera leyéndolos todos...

Había unos cincuenta volúmenes, más de los que solían verse fuera de una

universidad o de la biblioteca de una catedral, y era un evidente signo de riqueza. Algunos estaban en latín o en francés.

Margery hizo un esfuerzo por ejercer de amable anfitriona. Cogió un libro de un autor inglés.

—Este es *El pasatiempo del placer* —dijo Margery—. Tal vez te interese.

Bart le lanzó una mirada lasciva y se acercó a ella.

—Sí, el placer es un magnífico pasatiempo...

Parecía muy complacido con su juego de palabras.

Margery dio un paso atrás.

—Es un poema alegórico sobre la educación de un caballero.

—Ah. —Bart perdió interés en el libro. Recorrió los anaqueles con la vista y escogió *El libro de la cocina*—. Este es importante —dijo—. Una esposa debe asegurarse de que su marido esté bien alimentado, ¿no te parece?

—Por supuesto. —Margery intentaba por todos los medios pensar en algo de que hablar. ¿Qué le interesaba a Bart? La guerra, tal vez—. El pueblo echa la culpa a la reina de la guerra con Francia.

—¿Por qué habría de ser culpa suya?

—Dicen que España y Francia luchan por sus posesiones en Italia, un conflicto que nada tiene que ver con Inglaterra, y si estamos involucrados es únicamente porque nuestra reina María está casada con el rey Felipe de España y tiene que apoyarlo.

Bart asintió.

—Una esposa debe dejarse guiar por su marido.

—Por eso precisamente es por lo que una mujer debe tener mucho cuidado al escoger marido. —Aquella indirecta era demasiado compleja para el lento cerebro de Bart. Margery siguió hablando—: Hay quienes dicen que nuestra reina no debería estar casada con un monarca extranjero.

Sin embargo, Bart se había cansado de tratar ese asunto.

—No deberíamos hablar de política. Las mujeres tendrían que dejar esas cuestiones a sus maridos.

—Las mujeres tienen tantos deberes y obligaciones para con sus maridos... —señaló Margery, a sabiendas de que Bart no captaría el tono irónico de sus palabras—. Tenemos que cocinar para ellos, dejarnos guiar por ellos y dejarles la política a ellos... La verdad es que me alegro mucho de no tener marido, la vida es más sencilla así.

—Pero todas las mujeres necesitan un hombre.

—Hablemos de otra cosa.

—Lo digo en serio. —Bart cerró los ojos para concentrarse y, acto seguido, se lanzó a pronunciar un discurso que traía aprendido de memoria—: Eres la mujer más hermosa del mundo y te quiero. Por favor, cástate conmigo.

La reacción de Margery fue visceral:

—¡No!

Bart se quedó desconcertado. No sabía cómo responder a eso; era evidente que había llegado hasta allí convencido de que obtendría una respuesta completamente distinta.

—¡Pero mi esposa será condesa algún día! —añadió al cabo de una pausa.

—Y deberías casarte con una mujer que ansíe precisamente eso con todo su corazón.

—¿Es que tú no lo deseas?

—No. —Margery no tenía intención de ser tan brusca, pero era difícil, pues la sutileza no era uno de los puntos fuertes del joven noble—. Bart, eres fuerte y bien parecido, y estoy segura de que también eres valiente, pero yo nunca podré amarte. —En ese momento visualizó la imagen de Ned: con él nunca le había hecho falta esforzarse por encontrar un tema de conversación—. Yo me casaré con un hombre que sea inteligente y considerado, y que quiera que su esposa sea algo más que la mujer de más categoría entre sus sirvientas.

«Ya está, ya lo he dicho», pensó; ni siquiera Bart era tan tonto como para no captar el sentido de esas palabras.

Él se desplazó a una velocidad sorprendente y la agarró de los brazos, asiéndola con fuerza.

—A las mujeres les gusta que las dominen —dijo.

—¿Quién te ha dicho eso? Créeme, ¡a mí no!

Trató de zafarse de él, pero fue imposible.

Bart la atrajo hacia sí y la besó.

Cualquier otro día, simplemente habría apartado la cara. Los labios no hacían daño. Sin embargo, seguía triste y rabiosa por no haber visto a Ned cuando este se había presentado en su casa. Su cerebro no dejaba de dar vueltas a lo que podría haber pasado si se hubiesen encontrado, a cómo tal vez ella lo habría besado, y le habría tocado el pelo, y habría atraído su cuerpo hacia sí... La presencia imaginaria de Ned era tan poderosa que el beso de Bart le produjo una repugnancia que rayaba el pánico. Sin pensar, Margery le asestó un rodillazo en la entrepierna con todas sus fuerzas.

Aquella reacción pilló a Bart por sorpresa; el joven lanzó un alarido de dolor, soltó a Margery y se dobló sobre su estómago, sin dejar de gemir, con los ojos cerrados con fuerza y sujetándose la entrepierna con las manos.

Margery corrió a la puerta, pero antes de llegar a ella, su madre irrumpió de golpe en la biblioteca; era evidente que había estado espiándolos desde fuera.

Lady Jane miró a Bart, comprendió de inmediato lo que había sucedido y se volvió hacia Margery.

—Niña insensata... —dijo.

—¡No pienso casarme con este mentecato! —gritó Margery.

En ese momento entró su padre. Era un hombre alto y tenía el pelo negro, como Rollo, pero, a diferencia de este, tenía el rostro cubierto de pecas.

—Te casarás con quienquiera que tu padre elija para ti —dijo fríamente.

Aquellas palabras, tan rotundas y aciagas para sus anhelos, asustaron a Margery. Empezaba a sospechar que había subestimado la determinación de sus padres. Era un error dejarse llevar por su indignación. Trató de tranquilizarse y de pensar aplicando la lógica.

—¡No soy una princesa! —se defendió, aún con tono apasionado, pero más comedido—. Somos parte de la burguesía, no de la aristocracia. Mi

matrimonio no es una alianza política; soy la hija de un comerciante, la gente como nosotros no se casa por conveniencia.

Aquello enfureció a sir Reginald, que se ruborizó hasta la raíz del pelo.

—¡Yo soy caballero!

—¡Pero no un conde!

—Soy descendiente del gran Ralph Fitzgerald, que fue nombrado conde de Shiring hace dos siglos... igual que Bart. Ralph Fitzgerald era hijo de sir Gerald y hermano de Merthin, el constructor del puente. La sangre de la nobleza inglesa corre por mis venas.

Para su consternación, Margery se dio cuenta de que se enfrentaba no solo a la voluntad férrea de su padre, sino también al orgullo familiar. No sabía cómo iba a vencer el enorme obstáculo que suponía la combinación de ambos. De lo único que estaba segura era de que no debía mostrar debilidad.

Se dirigió a Bart. Sin duda, resultaba del todo imposible que quisiera desposarse con alguien que no estaba dispuesta a ser su mujer...

—Lo siento, lord Shiring, pero voy a casarme con Ned Willard.

Sir Reginald se quedó estupefacto.

—No, por Nuestro Señor Jesucristo que no vas a hacer tal cosa.

—Estoy enamorada de Ned Willard.

—Eres demasiado joven para estar enamorada de nadie, ¡y los Willard son prácticamente protestantes!

—Van a misa, como todos los demás.

—Me trae sin cuidado; te casarás con el vizconde de Shiring.

—No, no lo haré —insistió ella con serena firmeza.

Bart estaba recuperándose.

—Ya sabía yo que sería problemática —masculló.

—Solo necesita mano dura —dijo sir Reginald.

—Lo que necesita son unos azotes.

En ese momento intervino lady Jane.

—Piénsalo, Margery —dijo—. Serás condesa algún día, ¡y tu hijo será el

conde!

—Eso es lo único que os importa, ¿no es así? —exclamó Margery. Oyó cómo su propia voz iba aumentando de volumen hasta convertirse en un bramido desafiante, pero no podía contenerse—. ¡Solo queréis que vuestros nietos sean aristócratas! —Vio, por la expresión de sus rostros, que había puesto el dedo en la llaga. Con la voz teñida de repugnancia, añadió—: Bien, pues no pienso ser una yegua de cría solo porque vosotros tengáis delirios de grandeza.

En cuanto hubo dicho aquellas palabras, supo que había ido demasiado lejos. Su insulto había alcanzado a su padre allí donde más le dolía.

Sir Reginald se quitó el cinturón.

Margery retrocedió unos pasos con gesto atemorizado y se vio atrapada contra el escritorio. Sir Reginald la sujetó por la nuca con la mano izquierda. Cuando vio que el extremo de la correa acababa en una punta de latón, Margery lanzó un alarido de puro terror.

Sir Reginald la obligó a inclinarse por encima del escritorio. La joven forcejeaba desesperadamente, pero el padre era demasiado fuerte y logró inmovilizarla sin esfuerzo.

—Salid de la habitación, por favor, lord Shiring —oyó decir a su madre, y eso la asustó aún más.

La puerta se cerró de golpe y entonces Margery oyó el restallido del cinturón en el aire. Aterrizó en la parte posterior de sus muslos. Llevaba un vestido demasiado fino para que le procurase algún tipo de protección y la muchacha gritó de nuevo, de dolor esta vez. El padre volvió a azotarla, y luego una tercera vez.

—Me parece que ya es suficiente, Reginald —intervino entonces su madre.

—No usar la vara es malcriar a la descendencia —repuso el padre. Era un sombrío proverbio familiar: todo el mundo creía que recibir azotes era bueno para los niños, todos excepto ellos.

—En realidad, la Biblia dice algo distinto —dijo la madre—: «Quien no usa

la vara no quiere a su hijo, mas el que lo ama desde temprano lo corrige». Hace referencia a los hijos, no a las hijas.

Sir Reginald contraatacó con otro versículo.

—Otro proverbio bíblico dice: «No rehúses corregir al niño pequeño», ¿no es así?

—Pero es que ella ya no es una niña pequeña. Además, los dos sabemos que eso no funciona con Margery. El castigo solo la hace más terca.

—Entonces, ¿qué propones?

—Déjamela a mí. Hablaré con ella cuando se haya calmado.

—Muy bien —dijo sir Reginald, y Margery pensó que su calvario había llegado a su fin, pero entonces el cinturón restalló de nuevo y la zahirió en las piernas ya doloridas una vez más. A continuación oyó el ruido pesado de las botas de su padre alejándose y saliendo de la habitación, y fue entonces cuando terminó de veras.

III

Ned estaba seguro de que vería a Margery en la fiesta del conde Swithin. Sus padres no podían tenerla encerrada en casa; eso sería como anunciar públicamente que había algún problema en el seno de la familia. Habría murmuraciones y todo el mundo se preguntaría por qué Margery no estaba allí.

Los surcos de las rodadas de los carros en el camino de barro estaban completamente endurecidos por el hielo, y el poni de Ned avanzaba por la traicionera superficie con grácil prudencia. El calor del animal le calentaba el cuerpo, pero Ned tenía las manos y los pies entumecidos por el frío. Junto a él, su madre, Alice, montaba una yegua de amplio lomo.

La casa del conde de Shiring, New Castle, se hallaba a una veintena de kilómetros de Kingsbridge, y se tardaba casi medio día de viaje en llegar hasta

allí, un día más corto aún por ser invierno. A Ned lo devoraba la impaciencia; tenía que ver a Margery, no solo porque necesitase verla a ella en persona por fin, sino también para poder averiguar qué diantres estaba pasando.

Al frente, la silueta de New Castle apareció a lo lejos. En las ruinas de la fortaleza medieval, construida hacía ciento cincuenta años, el conde había erigido recientemente una casa. Las almenas que aún quedaban en pie, de la misma piedra gris que la catedral de Kingsbridge, estaban engalanadas ese día con ribetes y jirones de niebla helada. A medida que se acercaba, Ned percibió la algarabía propia de una fiesta, saludos a voz en grito, el coro de risas y un conjunto de instrumentos campestres: el sonido grave del tambor, la alegre música del violín y el chirrido de las gaitas, resonando en el aire frío. La música entrañaba la promesa de hogueras llameantes, comida caliente y algo vigorizante para beber.

Ned espoleó su montura, impaciente por llegar y poner fin a su incertidumbre. ¿Amaba Margery a Bart Shiring e iba a casarse con él?

El camino conducía hasta la entrada. Los grajos que se pavoneaban por las murallas del castillo graznaban maliciosamente a los visitantes. El puente levadizo había desaparecido mucho tiempo atrás, y habían rellenado el foso, pero la torre del homenaje sobre la puerta todavía conservaba las aspilleras. Ned atravesó cabalgando el ruidoso patio de armas, lleno a rebosar de invitados vestidos con colores vivos, de caballos y de carros, así como de los atareados sirvientes del conde. Ned confió su poni a un mozo y se incorporó al gentío que se dirigía hacia la casa.

No veía a Margery por ninguna parte.

En el extremo opuesto del patio había una moderna mansión de ladrillo anexa a las viejas dependencias del castillo, con la capilla a un lado y la bodega para la elaboración de cerveza al otro. Desde su construcción, hacía cuatro años, Ned solo había estado allí una vez y se maravilló de nuevo al ver las hileras de grandes ventanales y la cantidad de múltiples chimeneas. Más majestuosa que cualquiera de las mansiones de los comerciantes más ricos de

Kingsbridge, era la casa más grande del condado, aunque tal vez hubiese propiedades más grandes todavía en Londres, donde no había estado nunca.

El conde Swithin había perdido poderío económico y social durante el reinado de Enrique VIII por su oposición a la ruptura del monarca con el Papa, pero la fortuna había vuelto a sonreírle hacía cinco años, con el ascenso de la ultracatólica María Tudor al trono, y Swithin había recuperado de nuevo sus privilegios, su riqueza y su poder. Aquel prometía ser un banquete por todo lo alto.

Ned entró en la casa y accedió a un enorme salón de dos pisos de altura. Los altos ventanales hacían la estancia muy luminosa pese al día invernal. Las paredes estaban forradas de madera de roble con gigantescos tapices de escenas de caza. La leña ardía en dos chimeneas descomunales a cada extremo de la alargada sala. En la galería que recorría tres de las cuatro paredes, el grupo de músicos a los que había oído desde el camino tocaban sus instrumentos con brío. En lo alto de la cuarta pared había un retrato del padre del conde Swithin sujetando en la mano un bastón como símbolo de poder.

Algunos de los invitados estaban ejecutando una vigorosa danza en grupos de ocho, cogiéndose de las manos para formar corros rotatorios y detenerse a dar un salto hacia delante y luego otro hacia atrás. Otros conversaban animadamente en corrillos, alzando la voz para poder oírse unos a otros pese a la música y el ruido de los bailarines. Ned tomó un vaso de madera lleno de sidra caliente y miró alrededor.

Varias personas permanecían alejadas del baile: el armador Philbert Cobley y su familia, todos vestidos de gris y de negro. Los protestantes de Kingsbridge eran un grupo semiclandestino: toda la ciudad sabía que había protestantes en la comunidad, y más o menos podían adivinar quiénes eran, pero su existencia no se reconocía de manera abierta, algo parecido a la situación de la comunidad semiclandestina de hombres que sentían atracción por otros hombres, pensó Ned. Los protestantes no admitían su orientación religiosa, porque entonces serían torturados hasta que abjurasen de ella o

morirían en la hoguera si se negaban a hacerlo. Si se les preguntaba cuáles eran sus creencias, contestaban con evasivas. Iban a las misas católicas, tal como estaban obligados por ley, pero aprovechaban cualquier ocasión para expresar su rechazo ante una canción algo subida de tono, los vestidos demasiado escotados y los sacerdotes beodos. Además, no había ninguna ley en contra de la ropa gris y anodina.

Ned conocía prácticamente a todos los presentes. Los invitados más jóvenes eran los muchachos con los que había asistido a la Escuela de Gramática de Kingsbridge y las chicas a las que tiraba del pelo los domingos después de ir a la iglesia. También había tenido mucho trato con la generación algo mayor, las personalidades más notables de la comunidad, pues siempre estaban entrando y saliendo de la casa de su madre.

Mientras buscaba a Margery, detuvo su mirada en un desconocido: un hombre de nariz alargada de treinta y muchos años, con un pelo castaño que empezaba a ralear y una perilla puntiaguda, en consonancia con los dictados de la moda del momento. Bajo de estatura y enjuto, lucía un sobretodo rojo oscuro que, aunque de factura cara, no resultaba en absoluto ostentoso. Estaba hablando con el conde Swithin y con sir Reginald Fitzgerald, y a Ned le sorprendió la actitud de los dos prohombres locales. Por el lenguaje corporal, resultaba evidente que el ilustre visitante no era de su agrado, pues Reginald lo miraba con el torso retirado hacia atrás y con los brazos cruzados, y Swithin con las piernas separadas y los brazos en jarras, pero a pesar de ello, escuchaban atentamente todas y cada una de sus palabras.

Los músicos terminaron de tocar con un ademán florituroso y en el relativo silencio Ned empezó a hablar con el hijo de Philbert Cobby, Daniel, un par de años mayor que él, un joven regordete con la cara pálida y redonda.

—¿Quién es ese? —le preguntó Ned, señalando al forastero del sobretodo rojo.

—Sir William Cecil. Es el administrador de la princesa Isabel.

Isabel Tudor era la medio hermana de la reina María, y menor que esta.

—He oído hablar de Cecil —dijo Ned—. ¿No fue secretario de Estado durante un tiempo?

—Así es.

En aquella época Ned había sido demasiado joven para seguir los asuntos de política con atención, pero recordaba a su madre mencionar el nombre de Cecil con admiración. Cecil no había sido lo bastante católico para el gusto de María Tudor y la reina se deshizo de él en cuanto ascendió al trono, razón por la cual ahora tenía el trabajo mucho más prosaico de administrar las finanzas de Isabel.

Siendo así, ¿qué estaba haciendo él allí?

La madre de Ned sin duda querría saber de la presencia de Cecil en la fiesta. Un visitante siempre traía nuevas, y Alice estaba obsesionada con las noticias. Siempre había enseñado a sus hijos que la información podía significar una fortuna para un hombre... o salvarlo de la ruina. Pero cuando Ned miró a su alrededor en busca de Alice, vio a Margery e, inmediatamente, se olvidó de William Cecil.

La imagen de Margery lo dejó boquiabierto: parecía cinco años mayor y no uno; llevaba el pelo castaño oscuro recogido en un elaborado peinado y coronado por un tocado masculino con una graciosa pluma, mientras que una pequeña gorguera blanca alrededor del cuello parecía iluminarle el rostro. Era menuda pero no delgada, y el corpiño rígido de su traje de terciopelo azul, tan de moda entre las mujeres, no conseguía ocultar del todo sus deliciosas formas redondeadas. Como siempre, su rostro era muy expresivo: sonreía, enarcaba las cejas, ladeaba la cabeza y su expresión transmitía sorpresa, perplejidad, desdén y complacencia, sucesivamente. Él se sorprendió mirándola embobado, tal como le pasaba siempre, desde hacía años. Por un momento, fue como si no hubiese nadie más en la habitación.

Saliendo de su ensoñación, se encaminó hacia ella abriéndose paso entre la multitud.

Ella lo vio acercarse y su rostro se iluminó de regocijo, cosa que lo alegró

enormemente; pero entonces su semblante se transformó, tan rápido como el tiempo en un día de primavera, y se nubló de preocupación. Cuando Ned llegó a su lado, Margery abrió los ojos atemorizada y fue como si estuviera diciéndole que se fuera. Sin embargo, él hizo caso omiso; necesitaba hablar con ella.

Ned abrió la boca, pero fue ella quien habló primero.

—Sígueme cuando empiecen a jugar a «cazar al ciervo» —le indicó en voz baja—. No digas nada ahora.

«Cazar al ciervo» era una variante del juego del escondite con la que se entretenían los jóvenes en las fiestas. Ned se quedó perplejo ante su invitación, pero no estaba dispuesto a alejarse de ella sin obtener al menos algunas respuestas.

—¿Estás enamorada de Bart Shiring? —le preguntó.

—¡No! Ahora vete... Hablaremos luego.

Ned estaba encantado con aquella respuesta, pero no había terminado.

—¿Vas a casarte con él?

—No mientras me quede aliento para decirle que se vaya al diablo.

Ned sonrió.

—Muy bien, ahora puedo ser paciente.

Y se alejó, feliz y contento.

[Visualizar libro](#)